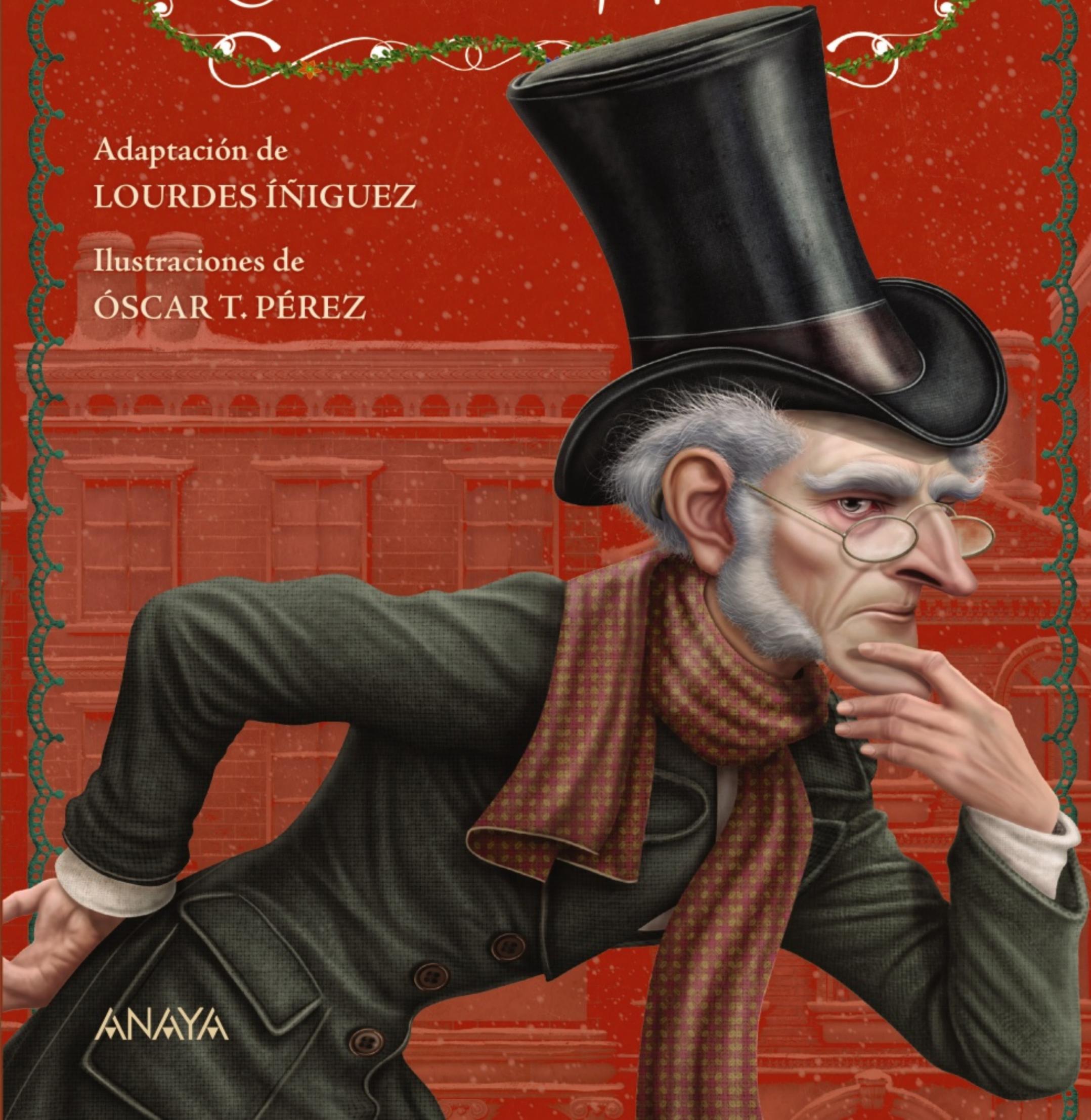


CHARLES DICKENS

Canción de Navidad

Adaptación de
LOURDES ÍÑIGUEZ

Ilustraciones de
ÓSCAR T. PÉREZ



ANAYA

Título original: *A Christmas Carol*

© De la adaptación: Lourdes Íñiguez, 2020
© De la ilustración: Óscar T. Pérez, 2020
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, octubre 2020

ISBN: 978-84-698-6619-1
Depósito legal: M-19376-2020
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

CHARLES DICKENS

Canción de Navidad

ADAPTACIÓN DE
LOURDES ÍÑIGUEZ

ILUSTRACIONES DE
ÓSCAR T. PÉREZ



ANAYA

Índice

7

Prólogo

13

Primera Parte. El fantasma de Marley

33

Segunda Parte. El primero de los tres espíritus

49

Tercera Parte. El segundo de los tres espíritus

65

Cuarta Parte. El último de los tres espíritus

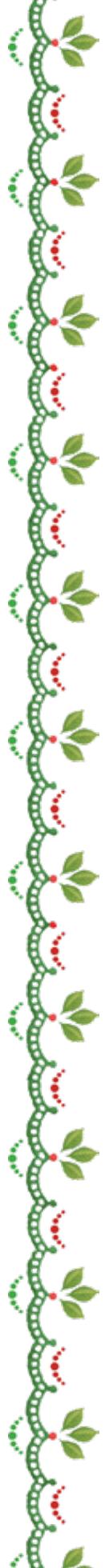
79

Quinta Parte. El final de la historia

Prólogo

CHARLES DICKENS

Dickens nació en Portsmouth, al sudeste de Inglaterra, el 7 de febrero de 1812, siendo el segundo de una familia de doce hijos. En 1824 se trasladaron a Londres y su padre, un administrativo soñador y jugador, fue denunciado por impago de deudas y llevado a prisión, lo que le supuso a Charles la peor experiencia de su vida, pues tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún con doce años para ayudar a su madre. Gracias a una pequeña herencia, el padre pudo pagar lo que debía y salir de la cárcel, pero él nunca olvidaría aquellos días ni los ambientes sórdidos que conoció: los barrios bajos de la ciudad, las cárceles, las fábricas donde explotaban a los trabajadores, muchos de ellos niños o emigrantes. El dinero heredado le permitió estudiar en un buen colegio, pero en 1827, con quince años, lo abandonó para empezar otra vez a trabajar, esta vez como recadero. Poco después,





por mediación de su tío, entró en un periódico y así inició su labor de periodista, aunque él quería ser actor.

En 1833 empezó su carrera como escritor, que nunca abandonaría y que le permitió sacar adelante a una familia de diez hijos. Su primer gran éxito le llegó en 1837 con *Los papeles póstumos del club Pickwick*. A esta siguió su obra más famosa: *Oliver Twist* (1838). Empezó a viajar por Estados Unidos y por Europa y a ser un autor reconocido. En 1843 publicó su mayor éxito: *Canción de Navidad*. A estas seguirían, entre otras: *David Copperfield* (1850), *Tiempos difíciles* (1854), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1861). Su incesante dedicación mermó su salud y el 9 de junio de 1870 murió de un derrame cerebral. Está enterrado en la abadía de Westminster de Londres. En su tumba se puede leer: *Fue un defensor del pobre, del miserable y del oprimido*.

UNA CANCIÓN UNIVERSAL

Canción de Navidad es una obra fácil de leer. Su argumento puede resumirse como un viaje imaginario que el protagonista, Scrooge (un prestamista, viejo, solitario y avaro), realiza, guiado por tres espíritus de la Navidad pasada, presente y futura, a su vida pasada, presente y porvenir, para que vea las consecuencias de los errores que ha cometido a lo largo de su vida. Dickens divide la obra en

cinco partes, que corresponden a las estrofas, así las llama él, de una canción de Navidad.

El título original de la obra, *A Christmas Carol*, se refiere exactamente a un villancico navideño. Este tipo de composición nació como canción profana popular para ser cantada en grupo, pasando más tarde a asociarse con la Navidad, volviéndose sus letras también religiosas. Algunos de ellos se han hecho universalmente famosos, como *Jingle bells*, *Holy night* o *We wish you a merry Christmas*, todos tradicionales en Gran Bretaña y con versiones en el resto del mundo.

En el Reino Unido, la celebración del día de Navidad, como en España, es una de las fiestas más importantes del año. Se empieza a preparar con mucha antelación: las ciudades se adornan y las familias planean la comida que compartirán con sus seres queridos —allí, pavo relleno de castañas y pudín o *plum cake* (pastel de ciruelas) con frutos secos—; coros profesionales o aficionados cantan villancicos en las esquinas y la gente acude a las iglesias o pasea por las calles con sus mejores ropas. El espíritu de la Navidad lo inunda todo, superando los preceptos de cualquier religión concreta, aunque su origen está en la cristiana conmemoración del nacimiento de Cristo, para coincidir en los valores que todas ellas predicán: paz, amor, tolerancia, solidaridad con los más necesitados, y también encuentro familiar y alegría.





Dickens es un maestro en recrear ese ambiente navideño. Él ama su ciudad y la observa y estudia para ofrecernos un verdadero cuadro de costumbres, mitad realista y mitad sentimental o romántico. De la mano de sus tres espíritus penetramos en las casas de los pequeños burgueses, de la clase humilde y hasta de los tipos más miserables; también nos enseña las tiendas repletas de manjares y paseamos por sus calles, cruzándonos con las gentes. Sus personajes son tantos que apenas los deja esbozados, siendo esto suficiente para caracterizarlos. Ahora bien, si hay dos que destacan son: el señor Scrooge, el protagonista, cuyo nombre ha pasado al diccionario de la lengua inglesa con el significado de «tacaño», y el pequeño y desvalido Tiny Tim, como todos los niños pobres, su predilecto.

En síntesis, estamos ante una de las obras favoritas del autor y la que ha obtenido el más resonante éxito de todas las suyas hasta nuestros días. El propio Dickens era llamado para que la leyera en público, lo que él hacía dramatizándola. Sin duda, disfrutaba con el contacto con el público, pues no en vano quiso ser actor en su juventud. Hoy, su obra está traducida a todos los idiomas y es un clásico de lectura en Navidad.

LOURDES ÍÑIGUEZ BARRENA

He pretendido que, en este relato fantástico, los espectros nazcan de una Idea que no ponga malhumorados a los lectores consigo mismos, ni con otras personas, ni con la época navideña, ni conmigo. Desearía que este libro hechizase amablemente sus hogares y que nadie quisiera abandonar su lectura.

Su fiel amigo y servidor,

Charles Dickens

Diciembre, 1843.





PRIMERA PARTE

El fantasma de Marley



Para empezar diremos que Marley estaba muerto. De eso no hay duda. Su acta de defunción había sido firmada por el sacerdote, por el encargado de la funeraria y por la persona que presidió el entierro. El viejo Marley estaba tan tieso como los clavos de su ataúd. ¿Lo sabía Scrooge? Por supuesto que sí. Scrooge había sido su socio y su amigo, su heredero y el único asistente a su funeral.

Scrooge era un terrible tacaño; tenía un puño tan cerrado como una ostra. Era un viejo solitario y avaro, que agarraba y estrujaba a los demás sin una pizca de compasión, duro como una piedra. Su propia frialdad interior congelaba los rasgos de su aspecto exterior: nariz puntiaguda, descarnadas mejillas, ojos





enrojecidos, labios delgados y amoratados, cabeza cana, voz aguda y chillona, y pasos rígidos. La baja temperatura nunca abandonaba su cuerpo; ni el frío ni el calor le afectaban. Él jamás cedía ante nada. Por esto mismo nadie le paraba por la calle para saludarlo, ningún niño le preguntaba la hora ni ningún mendigo se atrevía a pedirle limosna. Pero a él no le importaba lo más mínimo; al contrario, le gustaba mantener a la gente a distancia.

Un día, el mejor de todos los del año, el de Nochebuena, estaba Scrooge sentado en su oficina, vigilando a su empleado, que escribía cartas en su mesa y trataba de calentarse con su bufanda y una vela, pues la única estufa de carbón que había se encontraba en el despacho del viejo.

—¡Feliz Navidad, tío! —gritó una voz alegre.

Era el sobrino de Scrooge, que había entrado de la calle.

—¡Bah! —comentó Scrooge—. ¡Paparruchas!

—¿Una paparrucha la Navidad, tío? ¡No hablará usted en serio!

—Pues claro que sí —respondió el tío—. ¡Feliz, feliz!... ¿Qué razones tienes tú para ser feliz? Eres más pobre que una rata.

—¡Vamos a ver! ¿Qué motivos tiene usted para estar siempre enfadado siendo tan rico? No sea usted así, hombre.





—¿Y qué otra cosa puedo hacer cuando vivo en un mundo de locos como este? ¡Navidad, Navidad!... ¿Qué significa la Navidad? Que uno es un año más viejo y que ha llegado una época de pagar facturas y de gastar dinero. Si pudiera les cosería la boca a todos esos imbéciles que no dejan de balbucear «¡feliz Navidad!». ¡Paparruchas! ¡Anda, Anda! —concluyó Scrooge con tono áspero—. Vete a celebrar la Navidad a tu manera y déjame hacerlo yo a la mía.

—¿Celebrarla? —repitió el sobrino—. ¡Pero si usted no la celebra! Bien debería hacerlo, porque hay muchos motivos para ello. Aparte de su origen sagrado, es un tiempo de bondad, de caridad, de perdón y de alegría. Y aunque nunca haya tenido una moneda en el bolsillo, yo la bendigo.

El escribiente aplaudió instintivamente y Scrooge enfurecido le reprendió:

—Si le oigo otra vez haciendo ruido, le aseguro que va a celebrar la Navidad perdiendo el empleo. —Y volviéndose a su sobrino le atajó—: Y tú, charlatán, eres un buen orador; me pregunto por qué no te presentas al Parlamento.

—No se enfade usted, tío, y venga a comer con mi mujer y conmigo mañana.

—De eso ni hablar. ¿Por qué te casaste? —gruñó Scrooge.